



Precio en Madrid, por un año. 40 rs.
Id. en provincia enviándose por el correo. 50.

Paris: librería española de Mellado, rue de Provence, núm. 42.
REDACCION, C. DE STA. TERESA, N. 8, MADRID.

En ultramar y el extranjero, fíjan el precio los comisionados.
Se suscribe en casa de los corresponsales (del Establ. de Mellado)

SUMARIO.

ARTÍCULOS. Pedro el Grande. Conclusion.—Los principados danubianos.—Los bandidos de los Karpathos.—Apuntes sobre la India.—Emperatriz por el canto.—Mi primo el comandante Molinoux.
GRABADOS. Colección de M. Schaffl.—Runjit-Sing, hace le lean los libros sagrados indios en el terrado de su palacio.—Figura india.—El gran Mogol.—Figura india.—Paso del Tigris.—Vendedor de serpientes.—Figura india.

Pedro el Grande.

(Conclusion).

II.

En Saardam.—Kalf Duveau.—Bernardini.—En Paris.—El palco del Regente.—Aronet.—Samuel Bernard.—La comida en Sceaux.—La fiesta de Petit Burg.—El duque de Antin.—Sorpresas y hechicerías.

Ya hemos visto á Pedro el Grande esclamar en Francia al ver botar un navío al agua en la playa de Tolon: *Esta nación marcha por sí sola*. Ahora vamos á volverle á ver entre los franceses, porque si estudió la marina y el arte militar en sus viajes de Holanda y de Alemania, fué á Paris espresamente para perfeccionarse allí en los secretos diplomáticos. Antes de seguirle, examinemos que circunstancias le impulsaron á visitar ese hermoso país.

Ya hacia algunos días que sin escolta ni aparato, y servido por solo dos criados, habitaba con la czarina en Saardam, en casa de un opulento carpintero constructor de buques, llamado Kalf, que fué el primero que habia comerciado en San Petersburgo. El hijo de Kalf habia visitado la Francia, á donde debia trasladarse el emperador. El príncipe y su muger escucharon con placer las aventuras de un jóven, que se nos disimulará que refiramos aquí, porque darán á conocer la diferencia de costumbres que reina en los diversos pueblos del mundo.

Kalf habia dicho á su hijo: —Muchacho, deja á un lado el mandil del trabajo y el traje de marinero. Es necesario que aprendas la lengua francesa, pues es indispensable para nuestro comercio, que progresa de día en día. Se, pues, francés, Kalf mío: muéstrate alegre, sutil, galante si es preciso, y no economices nada para llegar á serlo. Visita y frecuenta á los señores de la corte, prodiga el oro, sobrepuja en el lujo de tu traje á los condes y los duques: ¡todo lo pagará la tablazon de Saardam!... dijo el grueso Kalf, padre, al concluir con una carcajada.

Cuando llegó á Paris el jóven Kalf era el conde Duveau; así le llamaban sus amigos y sus numerosos criados. No por eso se mudaba absolutamente el nombre, pues en todas las lenguas del Norte, Kalf significa *veau* (becerro). El jóven Duveau, cenó, pues, en la corte, y jugó en casa de la duquesa de Berry. Pero cuántos marqueses vió desde luego sin marquesado, condes sin condado, caballeros sin pertenecer á orden alguna, y abates sin abadía!... Entonces era la ridicula manía pariente, la de los falsos blasones, y el gobierno la toleraba. El jóven Kalf fué durante algun tiempo juguete de ciertos caballeros de industria, que no tenían ni una sola heredad. Pero en cuanto sus cartas de recomendacion le permitieron acercarse á la verdadera nobleza, pocos extranjeros recibieron tan benévola acogida. Ademas de las princesas y de la hija del regente, á quienes tuvo el honor de ver con frecuencia, concurría todas las noches á la tertulia de Mad. de Carnavalet, favorita entonces de Felipe. Un jóven y verdadero marqués que habia participado de los placeres y del

bólsillo de Duveau, prometió irle á ver á Saardam, y cumplió su palabra. Pocos dias despues, el jóven Kalf estaba de regreso en Holanda, en donde volvió á tomar alegremente el mandil de trabajo, el vestido de marinero holandés, etc., y con el hacha en la mano, dirigió como en tiempos pasados las obras de su padre. Su metamorfosis de un instante en la corte de Francia no pudo corromper la bondad y la sencillez de su carácter; permaneció holandés puro.

Pedro I era un huésped bien digno de aquellas costumbres antiguas, y Catalina embellecía el conjunto de la reunion. El czar y los dos Kalf usaban toda la mañana el traje de marinero en el taller de construccion. Catalina los acompañaba vestida de vivandera, y los distribuía refrescos: trabajaban, reian y conversaban cordialmente y con el humor mas jovial. Era una divertida repetición de la choza de Saardam, en la que el czar habia trabajado con sus propias manos: luego, á cosa de las dos, comían Pedro y los dos Kalf con excelente apetito, sin quitarse el traje del trabajo.

Un día del estío se hallaban sentados á la mesa, cuando un criado entró y anunció al jóven Kalf que un marqués francés le suplicaba le dispensase la honra de admitirle á su mesa.

—¿Le disgusta? dijo Pedro frunciendo el entrecejo.

Catalina se sonrió ligeramente.

—Anda, muchacho, dijo Kalf padre á su hijo dándole un golpe en el hombro.

El jóven se propuso recibir á su nuevo huésped con toda la antigua sencillez que habia recobrado, pero no tuvo tiempo.

De repente se lanza en el comedor el personaje mas ridiculo que Moliere pudo inventar entre sus marqueses. Figúrense nuestros lectores un hombre pequeño y molletudo, lleno de lunares y de cintas, con unas caderas enormes, con la peluca mas colosal que puede haber soportado jamás cerebro alguno humano, cabeza erguida, nariz al viento, largo espadon, el rostro todo salpicado de tabaco, que le caia formando copos hasta los calzones, etc., y tendrán una idea del señor marqués de Bernardini (tal fué el nombre con que le anunciaron). Acércose, pues, y he aquí cómo turbó el modesto y frugal banquete de aquellos cuatro convidados, entre los que reinaba la mas perfecta armonía.

—Buenos dias, viejo papá... murmuró á Kalf, padre, mirándole por debajo de la nariz. ¡Calla! un marinero!... añadió al ver su vestido. ¿Podré creer á mis ojos? el brillante conde Duveau, mi discípulo en gracias parisienses, marinero tambien? ¿Qué dirian en la corte si tuviese la desgracia de que le viesen con tan ridiculo traje? ¡Marinero!... ¡marinero!... Mad. de Carnavalet se pondría mala. ¡Y ese morenoto que me mira con ojos amenazadores, marinero!... ¿Qué buena trínca de convidados para esa morenilla!... ¡Toma! pues es vivandera!...

Catalina, deseosa siempre de complacer al czar, se habia sentado á la mesa con su vestido de trabajo.

Pedro, á quien en un principio divertia aquella escena, habia mandado con una seña que no interrumpiesen al marqués medio beodo: mas incomodado al fin de tanta impertinencia, de un puntillon arrojó al temerario al otro extremo de la habitacion. El jóven Kalf corrió á levantar á su amigo y le sacó afuera.

—¿Qué has hecho, desgraciado? le dijo con viveza: ¿sabes que has estado hablando delante de Pedro el Grande? ¿Y cómo has tratado á ese hombre extraordinario, á ese héroe? ¿Cómo te has conducido con S. M., marqués de Bernardini?

—¡Ah!... con que es Pedro I, ese grande hombre, exclamó el marqués. Es preciso confesar que sobre mi y todos los míos pesa la mano de la fatalidad; mi tío Bernard prestó una grande cantidad de oro á su rival Carlos XII, y yo acabo de hablarle con demasiada ligereza. ¡Maldicion de maldiciones!... ¿Pero quién diablos habia de adivinar á Pedro, el vencedor de los suecos, con ese traje de carpintero?...

—Y será preciso que mañana mismo te vistas el traje de los marineros holandeses, marqués, si quieres reparar tu necedad y que te perdone el czar. Hasta tanto véte á acostar; porque debes estar cansado y falto de sueño.

—Sea en buen hora lo que gustes, mi querido Duveau, dame mañana el traje de carpintero; estoy pronto á trocar mis blasones por el hacha, puesto que tu taller de construccion naval te produce tan buena renta, cuando yo, sin mi tío Bernard y bólsillo durante tu permanencia en Francia, no hubiera podido jugar al sacanete en los últimos bailes del regente.

Aquel jóven atolondrado no carecia de talento. Al dia siguiente muy de mañana, al levantarse el czar y la czarina, se le hubiera tomado por un viejo marinero empleado en la ranchería de Saardam, que la emperatriz habia querido ver en cuanto llegó á Holanda. Seria imposible disfrazarse mejor: era un secreto de teatro importado de Italia al principio de la regencia. Pero Pedro reconoció al momento al hombrecillo de la vispera, y se sonrió.

—Esos franceses, dijo, son muy pícaros: ¡aun no los he visitado, y ya me divierten!...

El supuesto antiguo maric saardanés, despues de haber obtenido audiencia del matrimonio augusto, se espresó de esta manera.

—Perdonad, señora, á un marino sus escentricidades holandesas: habia bebido un poco mas de rom y de licores fuertes, para celebrar mas dignamente la llegada de su antiguo amo y señor Peterbas.

Pedro volvió á sonreirse: ¿podia acaso continuar incomodado por mas tiempo con un bebedor, cómo no fuese su cuñado?

¿Quién no sabe compadecer los males que ha sufrido?

Bernardini continuó: por ciertas particularidades que habia sabido por su amigo Kalf, se habia pintado los dos brazos de manera que recordasen á los ojos penetrantes de Catalina tres heridas que el czar se habia hecho en otro tiempo en Saardam.

—Ya veis, dijo ella á su esposo con tono de dulce reprehension, que esos malditos golpes son exactamente iguales á los que vos os disteis, involuntariamente con vuestra hacha. Eso es sorprendente.

El grande hombre fué sensible á la imitacion de las heridas del carpintero Peterbas.

—Juzgad por eso, señora, prosiguió el marqués, si no debia achisparme un poco para festejar la vuelta del que no puede darse ningun golpe sin que lo sienta yo tambien.

El viejo Kalf estaba estupefacto: su hijo aplaudia interiormente los inagotables recursos del talento francés: Catalina se ponia alternativamente pálida y ruborizada de embarazo y de placer; pero Pedro estaba enternecido.

—¡Bien, muy bien, caballero marqués!... exclamó: ¡ese es un excelente modo de reparar las faltas cometidas!... Venid á mis brazos cuyas heridas imitais con tanta exactitud.

El marqués se precipitó en ellos: se hallaba indultado. Pedro le hizo muchas preguntas acerca del reinado de Luis XIV que acababa de concluir, y sobre los principios de la regencia. El jóven Kalf servia de intérprete á los dos interlocutores, porque como ya hemos dicho antes, su viaje á Paris no habia tenido mas objeto que aprender la lengua francesa. El czar hacia las preguntas en holandés á Kalf, que las trasmitia en francés al jóven marqués, el cual á pesar de todo su talento, estaba muy distante de poseer el don de lenguas.

Pedro, al dia siguiente de su conversacion con el marqués debia emprender su marcha á Francia.

—Recomendadme, os suplico, señor, le decia su jóven interlocutor, á mi tío Bernard, que yo os hare ver, y dignaos tomarme por vuestro cicerone, si me habeis perdonado mis primeros despropósitos y locuras.

Catalina le alargó la mano, y el czar le respondió dándole un golpecito en el hombro:

—Hay mucho bueno entre vosotros, caballero francés, y si vuestros compatriotas se os asemejan, sois una nación encantadora, divertida, ingeniosa, de expedición, y que marcha por sí sola. Yo quiero marchar algún tiempo con ella, pero temo que camineis con demasiada rapidez durante la regencia.

La vista perspicaz del czar, vislumbraba ya la revolución francesa.

Pedro llegó a París, pero sin Catalina, la inseparable compañera de sus viajes: no juzgó a propósito mezclar la antigua criada de Marienbourg, con las pompas de una corte civilizada hasta rayar en la corrupción. Por la misma razón, sus sencillos gustos le hicieron renunciar los honores del Louvre, en donde le habían preparado una habitación magnífica, y fué a hospedarse en la fonda de Lesdiguier, calle de la Cerisaie, cerca del Arsenal, antigua mansión del ministro Sully, a quien el ilustre viajero honraba tanto como a Richelieu. El regente fué a visitarle.

A los dos días de su llegada, Pedro asistió por la noche al teatro, en el palco del regente, a la representación de una tragedia bastante mala de la señorita Bernard, sobrina de Fontenelle, cuyo título era, *La muerte de los hijos de Bruto*. El czar escuchaba con la mayor atención a los intérpretes que le traducían la tragedia: el regente se mantenía a su lado. En derredor del palco reinaba un ruido confuso y continuo: los concurrentes se empujaban unos a otros, porque todos deseaban ver al vencedor de Carlos XII.

—Señor duque, dijo con impaciencia el czar a Felipe, ¿por qué ese alboroto? ¿no se viene aquí a oír las piezas que se representan?

—Señor, eso es lo último de que el público se ocupa: no se habla mas que del acontecimiento del día. En este momento solo se piensa en vos.

—¡Nación estraña!... decía el czar: sin embargo me agrada: me instruye y me divierte al mismo tiempo.

Sin embargo, el tumulto crecía a la puerta del palco, en donde Pedro I apenas podía escuchar con mucha dificultad la tragedia. Un joven delgado, de tez morena y de voz estridente ó chillona se hacía notable entre los demás por sus ocurrencias. Un grupo numeroso de jóvenes le escuchaba con mas atención que a los actores. Después del czar era el que representaba el principal papel en aquella escena: el regente mismo quedaba postergado a aquel joven, que era entonces el príncipe de la juventud francesa.

—Señores, señores, decía con cuanta fuerza le permitía su débil voz, disfrutad de un doble placer: procurad buscar los medios de contemplar de cerca al héroe del Norte, y no dejéis pasar desapercibidas mis críticas sobre los pormenores de esa mala tragedia, que se asegura es una obra póstuma de Fontenelle. Yo estoy componiendo también un *Bruto*: ya le vereis.

Al decir estas palabras, el hombrecillo gesticulaba y se agitaba hasta perder el equilibrio. Su sonrisa era sardónica, en sus ojos brillaba el talento, pero se advertía en ellos todavía mas malicia, y una jactancia burlona.

El regente reconoció su voz.

—Señor, dijo volviéndose hacia el czar, voy a enseñaros uno de nuestros poetas en ciernes, uno de nuestras celebridades literarias. Hace tragedias, compone un poema épico y escribe la historia de los grandes monarcas del siglo. No olvidará la vuestra, añadió Felipe inclinándose delante de S. M.; y a pesar de tan diversos trabajos, ese verdadero Proteo, ha sabido encontrar el secreto de desollarnos de cuando en cuando con sátiras llenas de hiel, que nos obligan, a pesar de nuestra indulgencia, a mandar encerrarle en la Bastilla.

—Y haceis muy bien, señor duque, respondió con viveza el czar: el representante del rey de Francia debe ser respetado. Pero enseñadme a ese hombre que causa tanto alboroto.

—Con mucho gusto, señor. Desde que comenzó el espectáculo, arde en deseos de encontrarse en vuestra presencia. El regente asomó la cabeza fuera del palco, y dijo en alta voz:

—Arouet, si me prometéis conducirnos con cordura, podéis venir a saludar al emperador de todas las Rusias.

Todavía no había concluido el duque su frase, cuando ya el joven se había lanzado en el palco, y saludaba a su magestad moscovita, que devoraba con sus ardientes miradas. Parecía medir a aquel cuya historia debía escribir algún día.

—Joven, le dijo el czar, ¿queréis seguirme a Rusia y redactar la historia de mis viajes y de mis expediciones? Diez mil rublos señalo a mi historiógrafo. ¿Aceptáis?

—No podría apetecer otra cosa, señor, pero antes que todo debo consagrarme a mi patria. En la actualidad me hallo componiendo la historia de la *Vida de Luis el Grande*, y tengo ideado un poema de la *Liga* en honor de Enrique el Grande. Ya veis que me encuentro en los embarazos de los grandes hombres: los de mi país son antes que todo, señor: perdonadme si por ahora no me es dado complaceros.

—Teneis razon, no puedo menos de aprobar vuestro patriotismo.

Iba a comenzar el tercer acto.

—Mi querido Arouet, dijo Felipe de Orleans al joven poeta, salud a S. M.: dadla las gracias por sus ofertas tan honoríficas para vuestro talento: sed siempre prudente y discreto conmigo, y contad con mi proteccion. Idos.

—Mil gracias, monseñor, es imposible mayor bondad que la que vos manifestais con el pobre Arouet. Pero os suplico que no os encarguéis de buscarme alojamiento.

Y el joven Arouet se retiró saludando a los dos príncipes de la manera mas respetuosa. El regente no pudo menos de reírse con la última ocurrencia, que le recordaba la mansión forzada del poeta en la torre de la Bastilla.

—Ese es el escritor que nos promete mayores esperanzas, dijo al czar.

A pesar de la visita del joven Arouet, Pedro I no había olvidado la tragedia *Los hijos de Bruto*, le parecían dignos de la muerte.

—¿Qué!... decía para sí, ¿conspirar contra un padre que trata de reformar la organizacion viciosa de su patria!...

Había allí, con respecto a Alexis, demasiada relacion entre su posicion y la del cónsul romano, para que le preocupase vivamente.

El marqués francés que había vuelto a su país con Pe-

dro I, fué a ver a su tío Samuel Bernard. Aquel opulento capitalista quedó sumamente lisongeado con el honor que había obtenido su sobrino del czar de todas las Rusias. Pagó sus deudas, le permitió contraer otras nuevas, y como amaba con pasion todo lo que podía hacerle brillar:

—Ciento, doscientos, trescientos luises cada noche, marqués, para las necesidades del juego, dijo, golpeándole suavemente en la megilla, si puedes decidir al monarca, que antes de marchar vaya a comer un día a mi casa de campo de Sceaux.

—Muchas gracias, tío, tendreis al czar a vuestra mesa. ¿Podeis darme anticipadamente y a buena cuenta seiscientos luises?

Y Samuel Bernard contó los seiscientos luises al marqués, jugador que no tenía un cuarto, porque ya no podía disponer del bolsillo del joven Kalf.

Cuando informó a Pedro I del deseo de su tío:

—Eso es precisamente, le respondió el príncipe, lo que anhelaba hacer mucho tiempo. El ver a vuestro tío, mi querido Bernardini, equivale para mí al descubrimiento de una mina de oro en mis pobres estados; porque la Rusia es pobre, muy pobre: y puesto que el rico Bernard ha prestado dinero a los suecos, mis enemigos, cuando se encontraban en una situacion muy critica, espero que en nombre del regente me prestará el mismo servicio. Mañana iré a comer a Sceaux.

Samuel Bernard le recibió a su manera. Pedro iba acompañado de los príncipes Kourakin y Dolgorouki, del embajador plenipotenciario Telstoy, y del vice-canciller baron Schaffirof, etc., etc.: El marqués cicerone del czar asistía a la comida, y entretenía a los convidados con chistosas ocurrencias. No tenía en verdad el talento de Arouet, mas sin embargo, podía pasar en un banquete de un comerciante, cuyo genio y buen gusto se cifraba enteramente en sus t alegas. A los postres, se divertieron mucho con la moneda ficticia inventada por el baron de Gortz, ministro del rey de Suecia, *in extremis*.

—¿Greis, decía Pedro a Samuel Bernard, que mi hermano Carlos salió de sus ahogos con semejantes cupones de confianza?

El banquero le demostró toda la ridiculez de la invencion; y luego, después de haber concluido por debajo de mano y en dos palabras un empréstito con el czar.

—Que el vencedor de nuestro aliado Carlos XII, añadió me permita ofrecer a las personas de su comitiva que se ha dignado sentar a mi mesa, una leve muestra de la buena fe de nuestro contrato.

Pedro hizo un signo de cabeza afirmativo, y cada uno de los convidados vió delante de sí una hermosa salvilla de porcelana llena de monedas de oro con el busto de Luis XV: y como titubeasen en admitir aquel regalo:

—Tomadlo, señores, tomadlo, les dijo Pedro con afable sonrisa; esa moneda vale tanto como la del baron de Gortz. Vos, Mateof, prosiguió dirigiéndose a su antiguo embajador en Londres, que formaba parte de los convidados, con ese dinero pagaréis nuestras deudas de la Gran Bretaña, y no os espondreis a que los dependientes de los tribunales de justicia os prendan, infringiendo el derecho de gentes.

Así aprovechaba Pedro I todas las ocasiones para dar lecciones de la mas severa moral a sus súbditos. Anadiéremos todavía unas cuantas palabras relativas a esta anécdota de Samuel Bernard. Se asegura que había mandado colocar tres mil luises de Francia en cada salvilla, en cuadros recientemente acuñados con el busto del nuevo rey.

En el palacio de Petit-Bourg, a tres leguas de París, en ese sitio célebre por sus diversos destinos, fué en donde el czar quedó convencido de la manera mas delicada, que solo el pueblo francés era capaz de dispensarle la acogida mas lisonjera a la par que ingeniosa. El dueño del palacio de Petit-Bourg, era el célebre duque de Antin, cuyo arte casi mágico hizo desaparecer un día, como por encanto, una arboleda que impedía extender la vista a Luis XIV. Al fin de la comida que aquel amable señor ofreció al czar, Pedro vió aparecer de repente en medio de la sala su retrato que acababan de hacer, sin que nada le faltase, ni ninguna alusion noble y fina, como tampoco el *vires acquirit eundo* del inmortal viajero: todo aquello nada tenía de sorprendente, especialmente por parte del duque de Antin. El ingenioso encantador parisiense preparaba al héroe ruso sorpresas mucho mas maravillosas.

Por la tarde después de comer, el Amfitryon de Petit-Bourg, suplicó al czar fuese a pasearse algunos minutos por el parque, mientras se encendían las luces en las habitaciones. Era precisamente el 15 de junio, aniversario de la batalla de Pultava. ¿Cuál fué la sorpresa del huésped real, cuando de improvviso una balsa de agua bastante grande le representó el río Vorskla, interpuesto entre sus tropas y las de Carlos!... Luego fueron apareciendo alternativamente los puentes establecidos para que pasase el ejército, y el largo atrinchamiento, concluido en una sola noche, frente por frente de su rival. Pedro I lo reconocía todo con un placer muy halagüeño para su gloria: su caballería se hallaba colocada entre dos bosques, y sus reductos guarnecidos con cañones y artilleros. Pero la batalla se hace general, y el augusto paseante marcha de maravilla en maravilla: he ahí la camilla de Carlos: cree oír, y efectivamente oye la explosion del cañonazo que hace astillas la camilla, y el fuego de los reductos que continúa con vigor. Carlos se hace conducir sobre unas picas, y los dos adversarios se encuentran incesantemente en medio del fuego durante toda la accion: el sombrero y el vestido del czar quedan acibillados por las balas. En fin, Carlos se ve precisado a emprender la fuga después de dos horas de combate, y los suecos son arrollados por todas partes.

Todos aquellos sucesos estaban figurados con tanta perfeccion óptica, que Pedro, agitando de una manera marcial, echaba mano a su sombrero para ver si estaba agujereado por la metralla: se tocaba tambien su vestido, y se sonreía de su engaño.

—¿Está César contento? le preguntó modestamente el duque de Antin.

Por única respuesta, Pedro le estrechó entre sus brazos casi hasta ahogarle: dos gruesas lágrimas de júbilo corrían por sus mejillas.

Otra vez, en casa del mismo duque de Antin, y siempre en la deliciosa mansión de Petit-Bourg, se figuró, a vista del czar, la victoria naval de Aland, la mas gloriosa de sus acciones

después de la batalla de Pultava. Era imposible poner en escena con mas exactitud é ilusion los peñascos a flor de agua que rodean la isla de Aland, y las demas islas del mar Báltico, cerca de las playas de la Suecia, en donde el emperador encontró a la escuadra enemiga. El vencedor de Aland, que servía en sus navios en clase de contra-almirante, llegó al colmo de la alegría, cuando vió ejecutarse como en alta mar, todas las maniobras náuticas, cuyo conocimiento solo debía a la superioridad de su genio. El contra-almirante sueco Ereuschild creyó que iba a apresarse ó a echar a pique las pequeñas galeras del czar, pero fué recibido con un fuego tan nutrido y sostenido que vió caer la mayor parte de sus soldados y marineros. El buque que montaba cayó en poder del enemigo: se salvo en la chalupa, pero fué herido en ella: en fin, se vió obligado a rendirse, y fué conducido prisionero a bordo de la galera que mandaba el czar en persona. Nada faltaba en aquella representacion marítima. Pedro estaba todavía mas gozoso que la primera vez, porque su talento y habilidad de marino, los debía a la obstinacion de su genio, y al valor casi sobrehumano con que había sabido domar, desde su mas tierna infancia, su aversion al agua.

Jamás había estado tan conmovido, y corrió hacia el duque de Antin, que aunque poco delicado procura evitar tan rudos abrazos.

—¿Qué! ¿Huis de mí, señor duque? le gritó Pedro con una voz de Estentor: ¡venid a abrazar al que habeis hecho el mas feliz de los hombres!

—¡Aland y Pultava!... señor, dijo entonces el duque de Antin era la consigna que había dado a mis criados: ¡la han cumplido dignamente!... ¡El héroe de mar y tierra, queda satisfecho del modo con que le he recibido!

—¡Oh franceses! ¡franceses!... decía el czar al dejar ese país, ¡sois la primera de las naciones en el arte tan ingenioso de hacer saborear y amar delicadamente la gloria!... En Alemania y Holanda me he instruido en los terribles secretos de la guerra; pero en Francia es en donde quisiera gozar de mis triunfos: solo en ella se sabe representarlos de una manera digna de mí.

Los principados danubianos.

La Valaquia y la Moldavia, provincias que la naturaleza ha creado para que no formasen mas que una sola, parece que debían ser llamadas a los mas prósperos destinos; sin embargo, la historia nos las presenta desde el reinado glorioso del rey de los dacios, Decebalo, es decir, desde hace diez y siete siglos, constantemente sometidas a la dominacion extranjera, y agitadas por convulsiones intestinas. Esa antigua Dacia, colocada en otro tiempo en los confines del mundo romano, y que formaba un reino poderoso, podría todavía en nuestros días, a pesar de los acontecimientos de que es teatro, constituir la base de una confederacion libre, a la que nada faltaria para ocupar dignamente un lugar entre los pueblos de la Europa Oriental.

Esos países son una parte del inmenso valle, que desde el pie de los Karpathos sigue en direccion del Sudeste el curso del Pruth, el Sereth, el Caluta y otros rios de segundo orden y va a formar la vasta llanura que tiene por límite extremo la orilla izquierda del Danubio inferior. El punto mas elevado de la cadena que termina el horizonte es en la Moldavia de 8,000 pies, y en la Valaquia de 7,800 pies sobre el nivel del mar Negro. Bucharest, en donde principia la llanura del Danubio, se halla a 240 pies sobre ese nivel; la elevacion de la llanura es, por término medio, de 43 pies. Rodeados de estados poderosos, los principados están limitados al Sur por la Turquía, al Oeste por el imperio de Austria, y al Norte y al Este por la Rusia, y separados por ella del mar Negro y de las bocas del Danubio; posicion que influye de un modo considerable en sus relaciones comerciales.

No puede decirse con exactitud cual es en el día la superficie territorial de la Moldavia y de la Valaquia. Se calcula aproximadamente en 1,600 a 1,700 millas cuadradas, de las cuales 1,120 pertenecerian a la Valaquia y 370 a la Moldavia. Esta última provincia, antes de las desmembraciones que alternativamente la han hecho sufrir la Turquía, el Austria y la Rusia, tenía ella sola 4,590 millas cuadradas. Su poblacion, segun los datos que los rusos han tenido a la vista para el reparto de los tributos, y en cuyas listas, que se formaban cada siete años, el gobierno hacia incluir a todos los habitantes, ascendia a 5,824,150 individuos, de los que una tercera parte correspondia a la Valaquia.

La bondad del clima, el calor de los estíos en la Valaquia, lo rigoroso de los inviernos en la Moldavia, y un abundante riego natural, esplican la fecundidad admirable de esa region; pero los tesoros del suelo se hallan en ella muy descuidados, y los habitantes no se afanan en buscar los medios de aumentarlos con un cultivo mas perfeccionado. Bosques de considerable estension suministran muchas duelas y maderas para la marina: todas las especies de cereales, el lino, cañamo, tabaco, las frutas, especialmente las ciruelas, los melones, los cohombros y las legumbres, se recogen no solo con abundancia, sino hasta con profusion. La Valaquia produce 2,400,000 hectólitros de trigo y otros tantos de maiz, y mejoraría su posicion ya muy buena en el comercio de cereales, si se pusiera mas esmero en la recoleccion, y si sus granos estuviesen mas limpios, y sobre todo mas secos. Los huesos de las ciruelas sirven a los labradores para preparar una bebida que aprecian mucho, y a que dan el nombre de *racion*.

Hace muy poco tiempo que se ha empezado a cultivar la morera con buen éxito; la vid prueba bien, y el vino, con especialidad en Valaquia, es excelente. Los de Dragoschan, Sakoeni, y los vinos tintos de la Moldavia son justamente afamados; pero la riqueza principal del país consiste en la cria de ganados, porque el valaco se aviene mejor a ese ejercicio, pues las muchas cargas que le abrumen le han hecho que se vuelva perezoso. Praderas excelentes mantienen un gran número de caballos medio silvestres, que en Moldavia son muy buenos; en la actualidad se ocupan en Valaquia en mejorar la raza: la cria del ganado vacuno, y especialmente la de búfalos, es tambien muy importante. En las inmediaciones de Ibraila, unos ingleses han establecido un comercio de carnes saladas, y matan anualmente mas de 5,000

bueyes; al mismo tiempo otros compatriotas suyos se han dirigido a la Moldavia, con objeto de mejorar allí la especie del cerdo, cruzándole con otros importados de Inglaterra. En 1854 Ibraila exportó 4.950.000 kilogramos de sebo, la mayor parte con destino a Inglaterra ó Constantinopla, y 246.000 kilogramos de cecina ó carne salada.

En la llanura de Ibraila se reúnen algunas veces rebaños inmensos de carneros, en número de mas de 400.000, aunque de una raza todavía no mejorada, que con otras manadas de cabras y de cerdos, suministran considerables elementos de exportación. Las lanas, divididas en tres clases, son por lo general bastante ordinarias, y sirven para hacer mantas para los caballos; sin embargo, en 1851, solo el puerto de Ibraila exportó 370.000 kilogramos para Marsella. Los distritos de Ibraila, Yalonitza, Ilfou y Wlachka, son los que proveen de las mejores lanas.

Los ríos abundan en pescados, particularmente en esturiones, que suministran al comercio el producto designado con el nombre de kaviar. Se encuentran tambien osos, lobos, liebres, de cuyas pieles se hacen gran comercio, y en los montes abundan los ciervos y jabalíes. La agricultura se halla bastante esparcida, es muy productiva, y la miel excelente. La cria de los gusanos de seda comienza ahora: se hace tambien un buen comercio de cantáridas y sanguijuelas, pero hasta hace poco tiempo se hallaba prohibida la exportación de estos artículos: aunque las montañas encierran en su seno oro, plata, hierro, mercurio, azufre y carbon de piedra, puede decirse que la explotación de las materias minerales, ha estado allí completamente descuidada hasta el día. En la aldea de Komanechi, ó por mejor decir, en sus cercanías, hay un criadero de carbon de piedra de muy buena calidad y en extremo abundante, pero explotado con poco cuidado, ha sido al fin abandonado. El salitre se encuentra tambien con extraordinaria abundancia, y en Moldavia, sobre todo, es de una calidad superior. Algunos ríos acarrean arenas auríferas, y salinas inagotables producen una renta cuantiosa: la que se halla situada junto a Okua, en Moldavia, da anualmente cerca de 1.300.000 quintales de sal. En fin, estos principales poseen tambien manantiales de aguas minerales, de los que se cuentan tres en Moldavia y hasta cuarenta en la Valaquia.

Es bien fácil de comprender, que con semejantes elementos de cambio, los principados danubianos deben hacer un comercio considerable, que no debe limitarse á las regiones vecinas, es decir al Austria y la Rusia. Sus cambios con países mas lejanos, con la Inglaterra, la Francia y Levante, son ya de mucha importancia y deben aumentarse de año en año. En 1850, era ya, comprendida la Servia, de mas de 80.000.000 de francos. Las importaciones en Valaquia eran de 9.298.357 francos; y en Moldavia de 15.275.022 francos, ó sea un total de 22.573.379 francos. Las importaciones fueron en Valaquia de 11.048.900 francos y en Moldavia de 8.260.550 francos: total 19.509.450 francos.

Aunque la parte de la Francia en esos 42.000.000 de cambios, solo se conoce hasta ahora imperfectamente, no puede evaluarse, por lo que concierne á las operaciones directas, en menos de unos 4.000.000 millones ó poco mas. Marsella despacha para allí muchos azúcares, pero su refino es poco esmerado, y por consiguiente son inferiores á las que presentan en el mercado los ingleses.

Una gran parte del comercio con los principados se hace por los puertos de Galatz y de Ibraila. En 1852 en el primero de estos puertos entraron catorce buques franceses cargados, que hacían 5.458 toneladas, y salieron de él diez y siete, once de ellos cargados, que componían 4.928 toneladas: seis de ellos, es decir, la tercera parte estaban en lastre y componían 1.167 toneladas. En Ibraila entraron en el mismo año veinte y siete cargados, que hacían 4.324 toneladas, y solo salió uno de porte de 168 toneladas. El puerto de Ibraila es el punto central de la importación y exportación de la Valaquia por la vía marítima: Giurgevo, que se preparaba á enlazarse con Bucharest por medio de una calzada, es el puerto de esa capital: así es, que recibe muchos objetos de manufacturas y de artes, importadas para ese destino de la Europa Occidental.

Hay, pues, en el día en esos principados, un buen lugar que ocupar para el comercio y navegación de la Francia, pues es preciso confesar que la mayor parte de los buques que acostumbran á frecuentar los puertos danubianos, son ingleses, sardos y griegos. Puede tambien conocerse en la actualidad, que la importancia creciente de las relaciones directas de la Gran Bretaña con los países del Danubio, ha producido el efecto de restringir las relaciones entre Galatz y los diversos mercados del Mediterráneo. Génova y Liorna han quedado mas perjudicadas que Marsella, Venecia y Trieste.

Si en la mayor parte de estos países las comunicaciones por tierra se encuentran todavía en la infancia, la vía comercial del Danubio, por el contrario, una de las mas hermosas de esas arterias interiores de la Europa, adquiere cada día nueva importancia. Ya hace mucho tiempo surcaban ese hermosa río barcos de vapor, pero dejaban todavía mucho que desear con respecto á la celeridad y las comodidades y buenas condiciones. Desde el 4.º de mayo de este año de 1853, la compañía del Danubio ha establecido entre Viena y Galatz un nuevo servicio acelerado por tres paquebots construidos en Pesth con el mayor esmero, y cuyas máquinas, de fuerza de ciento cuarenta caballos cada una, han sido encargadas á una de las mejores fábricas de Inglaterra. Esta nueva línea acelerada que concluye sin trasbordo su travesía desde Viena á Galatz en unas cien horas próximamente, está en correspondencia con los buques del Lloyd austriaco. De ese modo, en siete días, y por un precio módico (315 y 225 francos, inclusa la comida), puede hacerse el viaje desde Viena á Constantinopla. Allí, una nueva correspondencia con los pyroscafos del gobierno ruso, conducen en un día los viajeros á Odesa.

Los bandidos de los Karpathos.

El papel que los eslavos parecen llamados á representar en Europa, da un grande interés á todo lo que nos hace conocer los usos y costumbres de las numerosas ramificaciones de esa raza.

Los Karpathos están habitados en su mayor parte por poblaciones de origen eslavon, y una de las mas notables es la que en el día lleva el nombre de tatre. Los tates se ocupan exclusivamente en cultivar la tierra y cuidar sus ganados; pero hubo un tiempo, no muy remoto, en que esos pacíficos montañeses eran el terror de las comarcas vecinas, y pasaban por los bandidos mas temibles de los Karpathos; y eso era porque á sus ojos el oficio de salteador de caminos no es mas que una de las variedades de la profesion del soldado; el bandido espone su vida, se bate con valor, mata ó es muerto: ¿qué diferencia hay entre él y uno de los héroes de Homero? El botín que recoge le gana á costa de sus afanes y prodigando su sangre, y es una recompensa harto mezquina para tantos trabajos y penalidades; así, pues, haber sido bandido no es una deshonra entre los habitantes de los Karpathos, al contrario, se alaban de ello con orgullo, y el ser hijo de un bandido es un título de recomendación y casi de nobleza. Cuando no encuentran ocasión de distinguirse en los Karpathos, se trasladan al país de los cosacos zaporogos, en donde pueden desplegar su valor en mayor escala y con menos riesgo, y luego que por este medio han logrado reunir un corto peculio, regresan á sus montañas y cultivan tranquilamente sus campos. Un viagero polaco refiere que ha conocido algunos de esos bandidos retirados, y que eran muy buenos labradores, excelentes padres de familia, y gozaban del aprecio de sus convecinos.

Un hombre de cerca de cuarenta años, grueso, pequeño, con mucho vientre, las piernas torcidas, cabeza enorme, feo, pero robusto, estaba decidido á hacerse bandido y no lo ocultaba: los laureles de algunos antiguos camaradas suyos le tenían inquieto y desvelado: no hablaba ya de otra cosa, y todos aprobaban su proyecto. Una mañana compró todo el equipo necesario, se presentó en público con el hacha en la mano, la carabina al hombro, un puñal y dos pistolas en el cinto y un morral lleno de provisiones, y fué á situarse en la montaña inmediata á su aldea, en la espesura de un bosque, en donde escogió para morada una especie de gruta formada por dos peñascos y cubierta de malezas. Emboscado en aquella especie de hoyo preparó su carabina, miró por todos lados y escuchaba con atención en cuanto sentía el mas leve ruido; mas como no se presentaba nadie, lleno de impaciencia salió de su caverna en la que se hallaba encerrado como en un fuerte, blandió su espada y se puso de atalaya en medio del camino; pero tampoco se presentó ningún viagero. Tres días trascurrieron de ese modo, y despedido y rabioso no podía contenerse y no sabía que partido adoptar: sus provisiones estaban agotadas: hacía frío, llovía, y el aprendizaje de bandido, medio helado, renunció á su caverna y se volvió á la aldea con los ojos hinchados, el rostro desfigurado y erizado el cabello. Había probado la vida de la montaña, había sido bandido de intención, si no de hecho, y esto le bastaba, porque los hechos pueden inventarse en caso de necesidad; nada mas fácil: había adquirido el concepto de valiente, y su amor propio quedaba satisfecho.

El bandido mas célebre de aquel territorio se llamaba Yanochyk: vivía hacia fines del último siglo, y se han inventado muchas historias en que se refieren sus hazañas: los montañeses le habían hecho el bello ideal del bandido. Reunieron en su persona todas las cualidades físicas y morales del héroe antiguo: estatura colosal, noble y expresivo semblante, inteligencia poco común, fuerza hercúlea, destreza, bondad, magnanimidad é intrepidez: poseía ademas la facultad de evocar los espíritus, de hacerlos servir á sus designios y de obligarlos á revelar todos los secretos del mundo celeste y terrestre. Se nos olvidaba decir que Yanochyk reunía á sus demas virtudes una piedad ejemplar que le fué muy útil en muchas ocasiones; un día encontró á un pobre estudiante de la Podolia con el cual trabó conversacion, y el escolar quedó tan prendado de las maneras y del lenguaje de Yanochyk, que le pidió le admitiese en su cuadrilla, á lo que accedió el bandido. Algun tiempo despues, el recién llegado se dejó corromper por los heiducos, y se comprometió á entregarles su jefe muerto ó vivo: al efecto fué á buscarle una mañana en el momento en que arrodillado delante de una imagen hacía su oración acostumbrada. El traidor se deslizó detrás de él, le apuntó y erró el tiro. Yanochyk prosiguió orando como si nada hubiese ocurrido: el asesino hizo otro disparo y tampoco hirió á su víctima. Yanochyk no interrumpió su oración: el traidor repitió sus tentativas, pero viendo que eran infructuosas emprendió la fuga; el bandido no se levantó hasta que hubo concluido sus oraciones, pero luego persiguió al asesino, le alcanzó y le quitó la vida; su piedad le había salvado.

La hacha de Yanochyk participa de la gloria de su dueño en las narraciones populares: no era necesario que la empuñase: bastaba que la llamase cuando la necesitaba, y al punto acudía á su voz desde los sitios mas distantes: representa tambien un papel importante en los últimos momentos de Yanochyk, cuando entregado á los gendarmes por la muger á quien amaba, vió cortado el curso de sus proezas por una muerte prematura. Su perfiada querida, conociendo la propiedad del hacha de Yanochyk, tuvo la precaución de encerrarla en nueve cajas, cada una con su cerradura: cuando Yanochyk se vió rodeado de enemigos, silbó con todas sus fuerzas para que acudiese á defenderle su hacha, y esta, mas fiel que su querida, se lanzó impetuosamente y consiguió romper las tablas de ocho cajas, pero no la fué posible atravesar la novena, porque el número nueve tiene un poder particular.

No se sabe con exactitud cuál fué el fin de Yanochyk: segun unos fué ahorcado, y segun otros, su muerte fué natural. En el valle de Kosciel enseñan una gruta, en que pretenden que hace algunos años fué hallado un esqueleto humano de tamaño extraordinario: los habitantes del país no dudan que es el esqueleto de Yanochyk.

Un labrador de la aldea de Druzbak, llamado Bogdan, se había atraído la animadversión de un jefe montañés, que era de su misma aldea: Bogdan preveía que el bandido procuraría atentar contra su vida, y para evitar aquel peligro imaginó el medio siguiente: se puso de acuerdo con dos vecinos suyos, y aparentó que los apaleaba para suministrarles un pretexto de huir á la montaña. En efecto, al día siguiente de aquel castigo los dos criados fueron á buscar al bandido, y admitidos en la cuadrilla no tardaron en adquirir su confianza y la de todos sus camaradas. De este modo trascurrieron seis meses, y el bandido, cuya cabeza acababa de ser puesta

á precio, resolvió atacar la granja de Bogdan y matar á su enemigo: al intento se aproximó á la aldea de Druzbak, y circunstancias particulares le obligaron á dividir su fuerza: envió por un lado á uno de sus subordinados, y se quedó con dos compañeros mas seguros, que eran precisamente los dos criados refractarios. Mientras regresaban los otros, el jefe se puso á consultar la suerte con habas, segun costumbre de los montañeses de los Karpathos: á la primera vez frunció el entrecejo: á la segunda exclamó ¡malo! y la tercera se levantó y dijo á sus dos falsos compañeros: «Amigos míos, uno de los tres debe perecer esta noche, ó seremos sorprendidos por los heiducos, ó uno de vosotros me hará traición.» Los dos tráfugas tuvieron miedo, pero lograron ocultar su emoción: el bandido les explicó la posición de las habas, y les repitió que uno de los tres debía indefectiblemente perder la vida aquella misma noche. Mientras rectificaba su cálculo y volvía á comenzar la prueba para asegurarse mejor de la verdad, los dos aldeanos se apartaron algunos pasos, le apuntaron, hicieron fuego, y cayó anegado en su sangre.

Los bandidos de los Karpathos tienen su literatura, es decir, muchas canciones en que se reflejan sus costumbres. reproduciremos algunas.

LA VOCACION.

«Las gentes de mi aldea dicen que me haré bandido: no sé lo que sucederá, pero seguramente no quiero ser tabernero ni labrador; prefiero recorrer las montañas y los bosques; si me prenden me ahorcarán, me atarán á un poste, y mi cuerpo se bamboleará á merced del viento. No temas, querida mia, no te desconsuelen al verme partir, juro delante de Dios que siempre seré tuyo...—¡Oh plantas de hojas lustrosas, que el Señor conceda la felicidad al bandido!»

EL MARIDO BANDIDO.

«Juana, querida Juana, vete de la casa: te caso yo no sé con quién; te caso con Yanko, con un montañés intrépido.»

«Yanko, Yanko, eres un bandido: conoces todos los pasos de las montañas: partes por la mañana, no vuelves hasta la noche y me dejas sola aquí; ¡cuán desgraciada soy!»

«No te gusta la misa y jamás vas á ella: tu sable se halla siempre teñido de sangre; Yanko, Yanko, ¿en dónde has estado?... ¿En dónde has enrojecido de ese modo la hoja de tu sable?»

«He desgastado la piedra que sirve de antepecho á mi ventana á fuerza de apoyar mis codos en ella esperándote; día y noche suspiro y lloro y no puedo dormir.»

«Su marido trae un día un lio de lienzo, pero la prohibe que lo desenvuelva: lo desata y encuentra en él una mano...»

«Una mano derecha con un anillo de oro en el dedo pequeño: en ese anillo hay tres aberturas; seguramente, dice, he aquí la mano de mi hermano.»

«Al punto corre á casa de su madre, y turbada la dice: Madre mia, querida madre, ¿ha desaparecido de la casa alguno de mis hermanos?»

«¡Hija mia! los siete están en casa, escepto uno de ellos, el mas jóven.»

«Trascurrió así un año, año y medio, y Dios la dió un hijo.»

«Do, do, hijo mio, do, do, no seas como tu padre: antes te cortarían en pedazos y los arrojaría á las águilas y á las cornejas.»

«Yanko ha oído la canción de su muger, y sofocado de cólera la grita: canta, Juana, cántame la canción que acabas de cantar á tu niño.»

«Do, do, hijo mio, do, do, si hubieses de ser como tu padre, llena de júbilo te bañaría y te envolvería en pañales de seda.»

«Vamos, Juanita, vistete con tu mejor ropa y ven á dar una vuelta conmigo.—Desde que soy tu muger, hace dos años, todavía no he salido á paseo.»

«La agarra de la mano y la lleva á los desfiladeros de las montañas: allí la saca sus hermosos ojos negros, la corta sus bonitas y blancas manos, y la dice: —Vete, Juana, ve á buscar á tu hijo que llora y te llama.»

«Y al concluir estas palabras se interna por las montañas y los bosques, y desde entonces no se ha vuelto á saber de él.»

Esta balada se apoya en un hecho real que me ha sido referido por unos pastores. Un montañés muy rico tenía siete hijos y una hija de rara hermosura: muchos jóvenes hacían la corte á la rica y linda heredera, y entre ellos un bandido: el montañés, que no estaba preocupado contra esa profesion mas que la mayor parte de los habitantes de esas regiones, le dió la preferencia entre los demas pretendientes, y le concedió su hija, que no presumía la horrible verdad. Veía ausentarse á su marido semanas enteras: sabía que pasaba el tiempo en las montañas, pero ignoraba la causa y el objeto de sus escursiones. Un día se aventuró á interrogarle acerca del particular, y le preguntó por qué no la permitía que viese su armario, y por qué no la daba á lavar su ropa blanca (estas son las dos señales por las que se conoce á un bandido); no obtuvo respuesta alguna. Una noche volvió cubierto de sudor, estenuado de fatiga y la espada mas ensangrentada que de costumbre: su muger se postró de rodillas y le suplicó la dijese la verdad; pero sus ruegos fueron infructuosos. Abruñada de horribles sospechas dejó pasar algunos días, aprovechó una ocasión y abrió el armario de su marido: encontró en él, entre otros objetos, una mano cortada, en cuyo dedo pequeño brillaba todavía un anillo de oro que había sido la causa del crimen: la jóven tomó aquel anillo y reconoció que era el de su hermano: al ver aquello ya no dudó que su marido era un salteador de caminos. Pasado algun tiempo dió á luz un niño, como refiere la canción, y un día al mecérle le decía que no siguiese las huellas de su padre. La casualidad hizo que el bandido llegase en aquel momento y oyese los consejos; se vió descubierto, pero disimuló, y acercándose á su muger la dijo que volviese á repetir la canción: la desgraciada volvió la frase y dijo todo lo contrario. El bandido la mandó que se vistiese para ir con él á una fiesta, la condujo á un bosque solitario, y allí la cortó la mano porque había abierto su armario, y la sacó los ojos porque había mirado su ropa: luego la despidió y no volvió á parecer mas.

Apuntes sobre la India.

Cerca de dos siglos antes de la era cristiana, toda la India Septentrional, designada por Tolomeo bajo el nombre de Indo-Escitia, fué invadida por los partos y los escitas, y ha-

musulmana de los Ghiznerides, Ghazanides ó Ghacenides, que existió desde 797 hasta mediados del siglo XII, se dice que llevó sus conquistas hasta Goa. El último príncipe de esta dinastía, que había reinado en un imperio, cuyo centro formaba el Cabul, el Candahar y el Khorazan, fué depuesto en 1152 por Kassin Gauri, fundador de la dinastía de los Gau-

rides, y el cual tomó su nombre del país de Gaur, y residió en Lahore; los Gaurides sometieron el Kanara y el reino de Bisnagon, el Multan, el Delhy y hasta Benarés. El imperio de los Gaurides se dividió hacia el año de 1213, y Kutub, á quien cupieron en suerte las conquistas de la India, fundó la dinastía de los Patarses ó Afghaneses, é hizo á Dhely capital de su



Coleccion de M. Schæfft.—Runjit-Sing, hace le lean los libros sagrados indios en el terrado de su palacio.

cia el año de 648, los chinos llevaron la guerra á las comarcas limítrofes del Ganges. A principios del siguiente siglo, los sectarios de Mahoma se abrieron paso en la India, subyugaron casi todo el Multan, estableciéndose en la parte septentrional de la India. Mahamud-Khan, uno de los gobernadores de las provincias conquistadas, se hizo señor independiente de Ghiznih, y fué el primer conquistador de la India en los tiempos modernos, así como también fundador de la dinastía

imperio. El reino de los emperadores Patarses padeció las invasiones sucesivas de Djenghis-Khan y de Tamerlan; fueron reemplazados en 1415 por la familia de Ghizer, y esta lo fué á su vez en 1450 por Bellali-Lodi. El nieto de éste, Ibrahim-Lodi, fué derrotado en 1525 por Baber, fundador de la dinastía Mogol. Akbar, su nieto, consolidó y extendió su poder en toda la parte septentrional del Indostan, y sometió á Bengala, en cuyo país reinaba el radjah Chah-Dowes. Esta comarca



Figura india.



El gran Mogol.



Figura india.

habia sido teatro de numerosas revoluciones; formó después alternativamente un reino ó estados separados. Los primeros anales de su historia están envueltos en las fábulas, y para nosotros no empieza á ser verídica hasta el siglo XIII. Hacia fines del siglo XIV, se apoderó Tamerlan de aquel país; las turbulencias que siguieron á esta invasion le facilitaron en parte su independencia, gobernándole á veces soberanos

dos á los subabs, pero dependiendo directamente de la corte.

Este príncipe fué el modelo de los reyes del Indostan. Sucedióle su hijo bajo el nombre de Djehanghir. Revelóse Djehan, hijo de éste, y sus tres hijos hicieron después otro tanto contra el mismo. Uno de ellos, Aurengzeyb, después de haber hecho asesinar á sus dos hermanos y envenenar á su pa-

pales ocuzahes, y so pretexto de marchar contra estos, reunió un ejército, hizo asesinar á uno de los hermanos que le acompañaba para no perderle de vista, y marchó contra el otro, á quien venció é hizo encerrar en una prision. Dueño de la autoridad absoluta, se entregó á su inclinacion por los placeres, abandonando el cuidado de su imperio: el desorden y la confusion se hicieron generales, los maharatas lle-



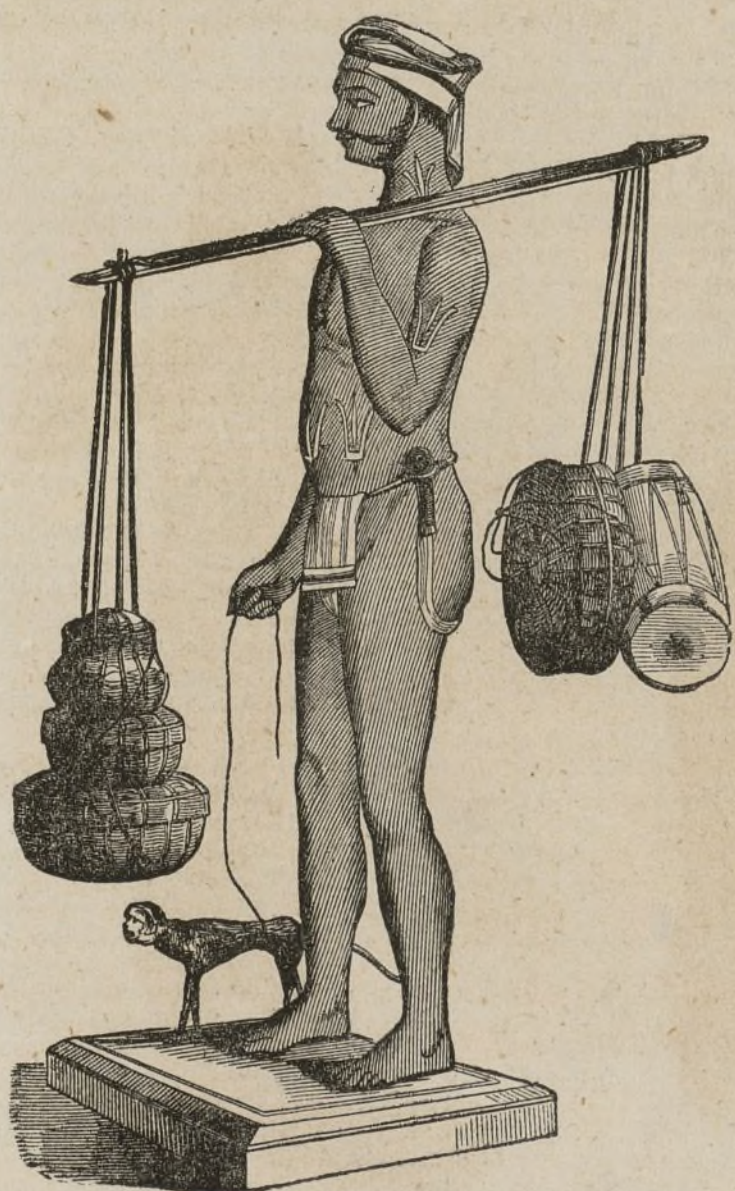
Paso del Tigris.

indos, y en otras ocasiones gobernadores mahometanos tributarios de los emperadores de Dehly. Akbar subyugó también el Cabul, é hizo la conquista de Caehemira; pero sus tentativas sobre el Dekhan fueron infructuosas. Dividió su imperio en diez y seis subabies (gobiernos), subdivididos en perganahs (provincias), administradas por nababs, sometidos,

subió al trono y elevó el imperio mogol al mas alto grado de poder y celebridad; celoso partidario del islamismo, persiguió á los indios, los cuales, á pesar de haberse revelado varias veces, se vieron precisados á sucumbir. No sucedió lo mismo con los maharatas, que habitaban en las montañas de los Ghattes. Estos pueblos belicosos se coligaron con diferentes príncipes indos, cansados de sufrir un yugo tan pesado; dieron el mando de sus tropas al valiente Sniadgi, y conquistaron uno de los mas poderosos estados de la India; y si la muerte no les hubiese privado de su jefe, en 1680, al tiempo que se ocupaban en proyectos de venganza aun mas vastos, hubieran sin duda derrocado el trono de Aureng-Zeyb. Sin embargo, continuaron la guerra, y el emperador se vió en la necesidad de transigir con ellos, cediéndoles como tributo la cuarta parte de la renta que producian las provincias que en el Dekhan habia conquistado. Los hijos de Aureng-Zeyb se rebelaron también contra su padre, pero sufrieron continuas derrotas; después de la muerte de este príncipe, fué el Indostan víctima de la anarquía y de la rebelion, y durante aquella época comenzó á decaer el imperio Mogol. Azemchah, el mayor de los hijos de aquel príncipe, se apoderó de la corona, mas se la disputó su hermano, presentándole batalla cerca de Agrah; Azemchah quedó muerto en el combate, y su ejército completamente derrotado, de cuyas resultas subió su hermano al trono bajo el nombre de Chah-Allem. Murió este príncipe en 1715, después de haber reinado seis años. A su muerte, sus hijos, que gobernaban algunas provincias, se hallaron cada uno al frente de un ejército formidable, y se disputaron el imperio; tres de ellos perecieron en diferentes épocas, y el primogénito llegó á ser proclamado emperador bajo el nombre de Djehander-Chah; habiendo disgustado este soberano á los Omrahs, dos hermanos de la tribu de los seydes, cuyo nombre llevaban, se pusieron al frente de una conspiracion, colocando en el trono á Ferochsir, sobrino de Djehanderchah, al cual mandó decapitar el nuevo soberano. Apenas se halló este príncipe al frente del imperio, cuando resolvió libertarse de la dominacion de los Seydes, cuyo poder habia llegado á ser colosal; se anticiparon estos, y apoderándose de su persona le hicieron arrancar los ojos, ahogándole en seguida en 24 de febrero de 1719, y elevando á la dignidad de gran mogol á Raffail-al-Derdjaat, á quien envenenaron tres meses después, proclamando para sustituirle á su hermano mayor, que tomó el nombre de Chah-Djehan. Celosos del poder de los Seydes, los principales Omrahs se rebelaron, pero fueron completamente batidos, y Chah-Djehan falleció de muerte natural hacia fines de 1719.

Los Seydes ocultaron su fallecimiento algunos dias, y proclamaron después á Mohamed-Mah, segundo hijo de Chah-Allem: cansado este príncipe, de la dominacion de los dos hermanos, escitó por sí mismo la rebelion entre los prínci-

garon hasta los puertos de Dehly, y solo á costa de un tratado ventajoso para ellos, consiguió el país hallarse libre de su invasion. Aprovechándose del desorden en que se hallaba el imperio, Nadir-Mah, por otro nombre Thamas-Kuli-Khan, se hizo desde luego dueño del territorio de Candahar, atravesó el Sind, después de haber tratado con los afganeses, batió á los mogoles, se apoderó por ardid de la persona del emperador y saqueó á Dehly, cuyo botin ascendió á 15,200.000,000 de reales.



Vendedor de serpientes.



Figura india

Este acontecimiento tuvo lugar en 11 de marzo de 1759, y el conquistador no se retiró hasta después de haberle hecho cesión de las cinco provincias situadas en la margen del Suid. Mohamed arrastró aun algunos años su miserable vida, perdiendo sucesivamente casi todas las provincias de su imperio. Nizam-ad-Muluk erigió en Dekhan, una soberanía hereditaria, y los maharatas se hicieron tan poderosos, que fué preciso cederles como tributo, la cuarta parte de las rentas de las provincias que habían recorrido á mano armada; y los rohilla, tribu que habitaba en las montañas entre la India y la Persia, fundaron un estado independiente en las márgenes del Ganges, y á treinta y dos leguas de Dehly. Mohamed-Mah, murió en 1747, y dejó la corona á su hijo Ahmed-Mah, que solo la disfrutó seis años, y en cuyo transcurso, se desmembró y disolvió totalmente su imperio.

Dos años después de su advenimiento al trono, el último ejército imperial fué batido por los rohilla; los djates invadieron la provincia de Agra y se establecieron en ella; Seldsar-Djong se apoderó de Aude; Bengala quedó sujeta á su virey Aliverdy, Allah-abab fué patrimonio de Mohamed-Kuli, y los maharatas, cada día mas poderosos, añadieron á sus posesiones gran parte del Gudjerate, del Oryzah y del Bezar.

La dinastía de Tamerlan, quedó reducida solamente á la posesión de Dehly y de su territorio: esta ciudad fué decayendo en tiempos posteriores; sin embargo, la persona y el nombre del emperador eran objeto de deferencia y de respeto para los usurpadores, los cuales procuraban legitimar su invasión con las pretendidas concesiones de aquel príncipe, que obtenían por fuerza, apoderándose de su persona y haciendo pasar por actos de verdadera cesión las que ellos mismos establecían.

La moneda siguió acuñándose en el Indostan con el busto del emperador Mogol, aun cuando este carecía de imperio, de provincias y hasta de poder. El emperador Ahmed fué depuesto en 1755 por su visir Ihazy, el cual para salvar las apariencias colocó en el trono á Allemgher, nieto de Chah-Allem. Deseoso este soberano de desembarazarse del visir que le imponía un yugo tan insoportable, invitó á Abdallah, que reinaba en las provincias indias cedidas á Añadir-Chah, á que fuese á restablecerle en los derechos de su soberanía: este recorrió mil veces el Indostan, cuyo país asoló, cometiéndole los mayores excesos en la ciudad de Dehly. Los maharatas resolvieron entonces deponer á Abdallah y á hacerse dueños del país. En los llanos de Karnal y de Pampur se dió una reñida batalla, en la que quedaron muertos sesenta mil hombres: los maharatas perdieron sus provincias septentrionales y su poder empezó á declinar.

Abdallah ejerció en Dehly una soberanía ilimitada, é invitó á Cha-Allem, hijo de Allemgher, depuesto y asesinado después por Ghazy, á que fuese á encargarse del mando: habiéndolo éste rehusado, proclamó aquel á su hijo Djehan-Buglat, que estaba en su poder, pero habiéndose visto Abdallah precisado á abandonar la ciudad de Dehly á los seykhes, se entregó á la protección de los maharatas, quienes le restablecieron en Dehly.

Finalmente, el último emperador Mogol fué pensionado por los ingleses, los cuales se apoderaron de Dehly y de Agra.

He aquí en pocas palabras bosquejada la historia de la India hasta la caída del imperio Mogol.

Emperatriz por el canto.

El genio de Pedro el Grande ejerció tal influencia sobre el movimiento intelectual de la Rusia, que se le considera como el fundador de este vasto imperio. Apenas se pronuncian los nombres de los monarcas que le precedieron. Sin embargo, los nombres de Wladimir, de Ivan el Grande, de Alexis, merecen pasar á la posteridad por haber protegido las letras y las artes, y haber dado un vivo impulso á los estudios musicales. En las costumbres de los antiguos slávicos, sometidos al gobierno de los príncipes del Norte, se encuentran rasgos característicos, originales, que son dignos de fijar la atención.

Cuando el czar quería contraer matrimonio, los grandes señores de la corte recorrían el país buscando las jóvenes mas hermosas y mas seductoras de las primeras familias. Siempre ascendía el número de las que traían de sesenta á ciento. Las llevaban al palacio de Kremlin, donde permanecían bajo la vigilancia del mayordomo mayor de palacio, hasta el día en que el príncipe designaba ante todos los señores de la corte con cual de ellas estaba decidido á compartir la corona. Todo el tiempo que permanecían en palacio estaban en completa incomunicación con las de afuera. El czar, oculto detrás de una cortina, asistía algunas veces á sus conversaciones para conocer su talento y hermosura. Muchas veces el bufon del príncipe recibía orden de adornarse con las insignias imperiales y representar al autócrata. Las bellas rusas, engañadas por las apariencias, hacían traición algunas veces á sus ambiciosos pensamientos, y trataban de atraer las miradas del falso monarca, despreciando las del verdadero.

Alexis, hijo de Michel, padre de Pedro el Grande, respetó esta costumbre. Algunas veces se complacía en dejar las insignias de su grandeza, y disfrazado como simple particular, visitaba los castillos de los señores, las casas de los aldeanos y las cabañas de los paisanos. De este modo estaba enterado de todo lo que pasaba; muchas veces se presentaba en casa de sus favoritos sin anunciarse, comía con ellos y pasaba algunas horas en delicioso abandono. Sobre todo, tenía sumo placer en visitar y sorprender al boyardo Matweel, uno de los principales consejeros de la corona.

Un día llegó á su casa con el uniforme de capitán de guardias, en el momento en que menos le esperaba Matweel. Al atravesar la antecámara, llegó á sus oídos el eco de una voz sonora de maravillosa suavidad, que cesó de repente en cuanto el príncipe entró en el salón. El czar, que había espermentado una viva impresión con aquellos deliciosos acentos, quedó completamente fascinado al ver á la joven que cantaba, y que era de maravillosa hermosura, y cuyas mejillas se colorearon con un vivo sonrosado al ver á este huésped inesperado.

Conformándose Matweel con las órdenes del príncipe, le

recibió como á un simple oficial y le convidó á comer, lo que aceptó Alexis desde luego.

La conversación fué al principio poco animada, pero cuando el príncipe dirigió la palabra á la bella incógnita, quedó encantado de la viveza de su imaginación: luego la rogó que cantase algunas de sus canciones favoritas, lo que ejecutó con suma gracia, habiendo tenido el disgusto de que se retirase pocos momentos después.

—¿Quién es esta señorita? preguntó Alexis.

—Señor, es la señorita Nasichkin, hija de un pobre caballero, á quien su miserable estado obliga á vivir en un lugar-cillo, y me ha suplicado que me encargue de la educación de su única hija. La cuido con todo esmero, y puedo decir que la semilla no ha caído en una tierra ingrata: á una viva inteligencia y una decidida pasión por las artes, reúne Natalia una amabilidad y un talento superiores á todo elogio, y la miro como si fuese hija propia.

—Bien, replicó el czar, pues continúa cuidando de ella. Yo me encargo de dotarla y de proporcionarle esposo. ¿Sabe acaso quién soy yo?

—No señor; sale muy poco de su habitación, y además no ha visto hasta ahora á V. M.

—Entonces tendrás especial cuidado en no decírselo.

Alexis se retiró sumamente pensativo. La bella Natalia le había causado una viva impresión; á la segunda entrevista la encontró todavía mas encantadora, y sus visitas se multiplicaron de una manera pasmosa. Con frecuencia pasaba noches enteras, palpitando su corazón al lado de aquella admirable criatura, cuya melancólica mirada, imaginación poética y voz melodiosa y penetrante, ejercían una irresistible fascinación. Dotado de una alma ardiente y apasionada, artista de corazón y de inteligencia, Alexis amaba con delirio la música, cuyo gusto y conocimiento procuraba propagar en sus Estados. Muy á menudo reunía en su palacio las mas notables cantatrices de Moscow para que ejecutaran los mejores cantos de Rusia; pero jamás había oído un órgano que se prestase con tanta facilidad á todas las variaciones del canto ligero y gracioso, espresivo y enérgico. Los primeros rayos del sol le sorprendían algunas veces encantado en éstasis ante la seductora sirena, que sabía dar una espresión de indefinible tristeza, acentos llenos de vigor y de brillo, á las sencillas baladas, á las melodías originales, y á las canciones pintorescas de su país.

En todas estas entrevistas, Alexis conservó el uniforme de capitán de guardias; y como Matweel no se había atrevido á hacer traición al secreto del soberano, su pupila permaneció en completa ignorancia del rango de Alexis, y le trataba familiarmente como á un amigo de su tutor.

Matweel se encontraba en una posición difícil; no se atrevía á romper la intimidad del czar con Natalia, y sin embargo, conocía que su deber era proteger á la hija de su amigo contra los peligros de una seducción que no podría comprender ni adivinar.

El día de la gran ceremonia se acercaba. Los señores habían vuelto de su viaje, y ya el palacio de Kremlin encerraba en su recinto sesenta de las mas bellas flores de Rusia. Las grandes señoras de Moscow preparaban sus ricos trajes para la ceremonia. Toda la ciudad se agita, el ejército se va concentrando alrededor del castillo, las campanas invitaban á la oración, todo está en movimiento: el czar es el único que no altera sus hábitos y está siempre al lado de Natalia.

Matweel, sombrío é inquieto, pensaba en el triste desenlace de esta desgraciada pasión, cuando el czar apareció delante de él mas alegre que nunca.

—Te he prometido, le dijo, ocuparme de la suerte de tu pupila. Ha llegado el tiempo de cumplir mi promesa. Ya sabes que mañana escojo la czarina: deseo que Natalia presencie esta ceremonia, que despliegue todos sus encantos, y el que ella escoja entre todos los cortesanos, será su esposo.

Repetidos cañonazos anuncian á los habitantes de Moscow que el momento de la elección de Alexis se acerca. La gran sala del Kremlin ofrece un magnífico golpe de vista. Los magnates están revestidos de sus mas ricos uniformes; las damas rivalizan en elegancia; las máscaras circulan, intrigan, chancean.

Todas las miradas se dirigen hácia el cortejo de las jóvenes que se disputaban la imperial corona: la princesa Isabel Barbanjkin, fija sobre todo la atención, y parece que sobrepuja á sus rivales: orgullosa por su nacimiento, parece todavía mas satisfecha con su hermosura.

Un máscara, con un traje mas brillante que los otros, rodeado de cortesanos entra en la sala: todo el mundo le toma por el czar, y la princesa Barbanjkin se entusiasma cuando se aproxima á ella y empieza á hablarla.

Natalia, con un traje sencillo, permanecía en un rincón de la sala sentada al lado de Matweel. Como había visto éste la máscara que se aproximó á la princesa Isabel, y conoció que no era el czar, le buscaba por todos lados, cuando vió que se aproximaba á Natalia con su uniforme de capitán y el rostro medio cubierto por una careta.

Natalia, satisfecha de ver al amigo de su tutor, le preguntó con su sencillez habitual si el czar había hecho ya su elección.

—Todavía no, replicó Alexis; pero si deseais verlo os llevaré á su lado.

—Estoy bien aquí.

—¿Quién sabe! cuando el príncipe os vea, tal vez...

—No ambiciono la corona.

—Es demasiada modestia.

Natalia, viendo que el capitán insistía, se puso triste, y añadió con un tono de despecho.

—¿Teneis gusto en incomodarme?

—Suspiró y se la saltaron algunas lágrimas.

Alexis comprendió que era amado, y con el corazón henchido de alegría:

—Que se quiten las máscaras, exclamó.

Al instante sucede un profundo silencio al ruido de la fiesta; todos los corazones palpan; los boyardos esperan que hable su señor, para saber á quién deben dirigir sus homenajes. Cualquiera puede imaginarse la rabia que se apoderaría de la princesa Barbanjkin, cuando supo que el que creía el czar, y que tantas cosas seductoras la había dicho, no era otro que el bufon de Alexis; y cuál fué su asombro cuando vió la corona sobre la frente de Natalia Narychkin, y oyó estas palabras:

—Boyardos de Moscow, esta es la czarina!

La superioridad musical de Natalia Narychkin fué tanto como su rara belleza, la causa de su fortuna: no lo olvidó. En conformidad con el czar, animó seriamente las artes y protegió á los artistas; sus favores fijaron en Rusia muchos músicos alemanes, italianos, franceses. En fin, en este reinado tuvieron lugar ensayos con las primeras tentativas de la ópera nacional.

Mi primo el comandante Molineux.

Desde que los reyes de la Gran Bretaña se arrogaron el derecho de nombrar los gobernadores de las colonias, las medidas de aquellos altos funcionarios rara vez merecieron la aprobación general y espontánea que habían encontrado las de sus predecesores, bajo el imperio de las antiguas cartas. El pueblo veía con disgusto el ejercicio de un poder que no emanaba de él, y se mostraba muy poco agradecido al gobernador por la benevolencia con que procuraba mitigar las instrucciones que le daban de ultramar, á pesar de incurrir por ello en el desagrado de la corte. En efecto, los anales de Massachusetts, nos refieren, que de seis gobernadores que se sucedieron en el espacio de cerca de cuarenta años, desde que en el reinado de Jacobo II se abandonó la antigua carta, dos de ellos fueron reducidos á prisión en una conmoción popular: el tercero, como asegura Hutchinson, fué arrojado de la provincia á balazos: el cuarto, según el mismo historiador, vió abreviarse sus días, por continuas escaramuzas con la cámara de los representantes, y los dos restantes, hasta la revolución, no gozaron mas que de muy cortos y raros intervalos de pacífica autoridad. Los empleados subalternos no disfrutaron tampoco una posición mas apetecible en aquel tiempo de grande efervescencia política. Estas observaciones pueden servir de prefacio para la historia siguiente, que pasó hácerca de un siglo, una hermosa noche de verano; y el lector, para evitar mas largos preliminares, nos dispensará el entrar en pormenores acerca de las circunstancias que habían concurrido á exasperar el ánimo del pueblo.

Eran cerca de las nueve de la noche, y la luna asomaba en el horizonte, cuando un barquichuelo atravesaba el brazo de mar con un solo viajero, que había logrado su transporte en aquella hora desusada, mediante una buena gratificación: mientras llegaba al desembarcadero y buscaba en sus bolsillos los medios de cumplir su promesa, el marinero conductor levantó un farolito, cuya luz, unida á la de la luna, le permitió examinar atentamente al extranjero. Era un joven de unos diez y ocho años escasos, evidentemente criado en el campo, y que sin duda se dirigía por primera vez á Boston: llevaba una casaquilla de paño ordinario de color gris ya usado, pero bien cuidada; sus calzones de ante dejaban ver unos miembros bien hechos, fuertes y ágiles; sus medias de algodón azul eran incontestablemente obra de una madre ó de una hermana, y el sombrero tricorno que cubría su cabeza, había sin duda, en sus mejores días, abrigado las sienes de su padre. Debajo del brazo izquierdo tenía un bastón de madera de encina todavía con sus raíces endurecidas al fuego, y un saquito, no demasiado provisto para incomodar los robustos hombros de que pendía completaban su equipo: cabellos castaños y rizados, facciones agradables, ojos alegres y animados eran los dones de la naturaleza, y valían mucho mas que cuanto el arte puede inventar para embellecerla.

El joven, que entre otros nombres contaba el de Robin, sacó por fin del bolsillo un billete de dos chelines y medio, que atendido el poco aprecio de aquel papel provincial, nosatisfizo al conductor hasta que añadió á él un pedazo hexágono de pergamino estimado en tres pence. En seguida entró en la ciudad con paso tan ligero como si no hubiese andado aquel día mas de treinta millas, y con tanta curiosidad como si tuviese que ver la ciudad de Londres, en vez de la humilde metrópoli de una colonia de la Nueva Inglaterra; pero antes de que Robin hubiera andado mucho camino, cruzó por su mente la idea de que no sabía hacia que lado dirigirse; detuvo, pues, sus pasos, y miró á una y otra parte de la estrecha calle en que se encontraba, examinando los pequeños edificios diseminados por acá y allá.

—Esa mala barraca, no puede ser la morada de mi primo, dijo para sí, como tampoco esa vieja casa que se ve ahí abajo, y en la que la claridad de la luna penetra por las ventanas rotas: verdaderamente no descubrí aquí ninguna habitación digna de él: hubiera hecho muy bien en preguntar á mi marinero, probablemente me habría acompañado, y el comandante le daría un chelín por su trabajo: pero el primero que pase me prestará ese servicio.

Robin prosiguió su marcha, y vió con placer que la calle se iba ensanchando y que las casas tenían una apariencia mas respetable: no tardó en descubrir un hombre que caminaba lentamente delante de él, y aceleró el paso para alcanzarle. Cuando estuvo bastante cerca vió que era un hombre de edad, con una gran peluca con algunas canas, vestido con un casaca negra, medias de seda recogidas por encima de las rodillas: llevaba una larga y hermosa caña que apoyaba en el suelo á cada paso, y por intervalos regulares profería dos *hem!* consecutivos con tono solemne y sepulcral. Después de hacer estas observaciones, Robin puso la mano en el faldón de la casaca del anciano, precisamente en el momento, en que las ventanas y la puerta de una barbería, que estaban abiertas, proyectaban la luz sobre él.

—Buenas noches, caballero, le dijo, haciendo una profunda cortesía, y sin saltar el faldón; os suplico me digais en donde vive mi primo el comandante Molineux.

Esta pregunta fué hecha en voz tan alta, que uno de los barberos cuya navaja acariciaba una barba bien bañada, y otro que acomodaba una peluca á lo Ramillies, dejaron sus ocupaciones y se asomaron al umbral de la puerta, mientras el ciudadano volvió hacia Robin su largo y descarnado rostro, y le contestaba con tono colérico. Sus dos *hombres hem!* hicieron un efecto singular, en medio de su desabrida respuesta, y se hubiera dicho que era un frío pensamiento de la tumba, que se introducía entre las pasiones irritadas.

—Soltad mi casaca, tunante... os digo que no conozco al sujeto de que me habláis: soy una autoridad... *hem!*... *hem!*... una autoridad... ¿lo oís?... y si de ese modo respetais á vuestros superiores, os meteré en un cepo, mañana en cuanto a maneja.

Robin saltó la casaca del anciano, y se alejó apresuradamente perseguido por las risotadas que salían de la barbería: al pronto le sorprendió en extremo el resultado de su pregunta, pero como era un joven sagaz, creyó que bien pronto podría descubrir aquel misterio.

—Sin duda es algún representante campesino, dijo, que jamás ha visto lo interior de la casa de mi primo, y que no tiene bastante educación para responder políticamente á un extranjero: es un viejo, que sino... volvería y le aplastaría las narices de una puñada: ¡ah! Robin, Robin, hasta los mancebos de la tienda se burlan de vos por haber elegido semejante guía: con el tiempo sereis más prudente.

En aquel momento se estraviaba en un laberinto de calles estrechas y tortuosas que no estaban muy distantes de la orilla del agua: percibía el olor de la brea, los mástiles de los buques sobresalían por encima de los tejados de las casas, y las numerosas muestras cuyos rótulos leía Robin con la claridad de la luna, le indicaban que no se encontraba lejos del centro de los negocios. Pero las calles estaban desiertas, las tiendas cerradas, y solo se veía luz en los pisos segundos de algunas casas: en fin, en la rinconada de una estrecha callejuela que atravesaba, vio la figura de un héroe inglés, que se balanceaba sobre la puerta de una posada, de donde salían las voces de muchos huéspedes: una de las ventanas del piso bajo estaba entreabierta y una transparente cortina permitió á Robin distinguir una mesa bien cubierta á la que había sentadas varias personas. El perfume de los manjares se esparcía hasta por la calle, y el joven no pudo menos de recordar, que el último resto de sus provisiones de viaje, le había consumido por la mañana, y que al medio día no había comido nada.

—¡Ah! si un pergamino de tres pences pudiera darme el derecho de sentarme á esa mesa!... exclamó Robin exhaltando un suspiro: mas el comandante me hará servir lo mejor: entremos, pues, intrépidamente y preguntemos por nuestro camino.

Atravesó el umbral de la puerta, y un murmullo de voces y el olor del tabaco le sirvieron para encontrar el salón, que era una espaciosa pieza baja, cubiertas las paredes con tablas de encina ennegrecidas por el continuo humo, y el suelo con una espesa capa de arena, que no había podido preservarle de las manchas. Una reunión numerosa, compuesta en su mayor parte de marinos, ocupaba unos bancos de madera, y unas sillas con asiento de baqueta; hablaban de cosas diversas, y de cuando en cuando prestaban atención á algún asunto de interés general. Tres ó cuatro pequeños grupos agotaban otras tantas poncheras, uso que el comercio de las Indias había introducido en la colonia ya hacia largo tiempo: otros que al parecer vivían de un trabajo regular y penoso, preferían beber solos, y estaban taciturnos: en fin, casi todos manifestaban suma predilección al *bon* bajo sus diversas formas, porque es un vicio que data de muy antiguo, y que ha sido transmitido por herencia, como lo demuestran los sermones contra la intemperancia desde hace mas de un siglo. Los únicos individuos hacia los que Robin se sentía inclinado eran dos ó tres campesinos que estaban en la posada como si se hallasen en una caravana turca, retirados en el rincón mas oscuro de la habitación, sin hacer caso de la atmósfera impregnada del humo de la nicotiana, cenando un poco de pan y tocino curado en la chimenea: pero aunque Robin experimentaba un sentimiento casi fraternal por aquellos desconocidos, atrajo sus miradas un hombre que había de pie junto á la puerta, y que hablaba en voz baja con un grupo de compañeros suyos mal vestidos. Sus facciones, examinadas separadamente, se aproximaban al género grotesco, y el conjunto de su figura dejaba profunda impresión en la memoria: su frente estaba como combada y dividida en dos prominencias separadas por un hueco; su nariz se prolongaba atrevidamente por una curva irregular, cuyo lomo tenía mas de un dedo de ancho, y bajo unas cejas erizadas y espesas brillaban los ojos como el fuego en una caverna.

Mientras Robin deliberaba á quien había de preguntar por la casa de su primo, se le acercó el dueño de la posada, hombre de corta estatura, y con mandil blanco, aunque sucio, que iba á dispensar á aquel protestante francés, había heredado la civilidad propia de ese pueblo, pero en ninguna otra circunstancia se le había oído el tono de voz con que se dirigió en aquel momento á Robin.

—Venis del campo, caballero, según presumo, dijo haciéndolo un profundo saludo: permitidme os dé la enhorabuena por vuestra feliz llegada, y me lisongeo de que permaneceréis algún tiempo en mi casa: caballero, Boston es una población muy hermosa, tenemos muy buenos edificios y muchas cosas capaces de excitar el interés de un extranjero. ¿Sereis tan dichoso que me dispenseis el honor de transmitirme vuestra ordenes con respecto á la cena?

—¡Ese hombre descubre en mí un aire de familia!... ¡ó habrá adivinado que soy pariente del comandante! pensó Robin que hasta entonces no había sido tratado tan cortesmente.

Todas las miradas se volvieron entonces hacia la puerta en donde estaba el joven de pie, con su tricordio, su casaca gris, su calzon de ante y sus medias de algodón azules, apoyado en su palo de encina y con su saco á la espalda.

Robin contestó á las atentas frases del posadero con el aire de confianza que convenia al pariente del comandante:

—Mi amable amigo, dijo, seguramente tendré mucho gusto en vivir en vuestro casa, cuando (y aquí no pudo menos de bajar la voz), tenga en mi bolsillo algo mas que un pergamino de tres pences: en este momento, continuó recobrándose su soberbia confianza, solo trato de informarme del camino de la casa de mi primo el comandante Molineux.

De repente hubo en la habitación un movimiento general en que Robin creyó reconocer el afán con que cada uno se preparaba á servirle de guía: pero el posadero volvió la vista hacia la pared en donde había pegado un papel que leyó ó aparentó leer, mirando de cuando en cuando á Robin, de alto á abajo.

—¿Qué es lo que tenemos? dijo dividiendo la frase en pequeños fragmentos. —Ha abandonado la casa del que suscribió, un enganchado llamado Hesehiah Mudge: Cuando marchó llevaba casaca gris, calzon de ante, y el tercer mejor sombrero de su amo. Se dará una libra de recompensa al que le presente en cualquiera de las cárceles de la provincia. Hareis mejor en marcharos, hijo mio, hareis mejor en marchar.

Robin había comenzado por dirigir la mano á la punta

mas delgada de su baston, pero observando en todos los semblantes un aire de hostilidad, desistió de su proyecto de romper la cabeza al posadero: al volverse para salir se encontró con la burlona mirada del atrevido individuo que había visto al principio, y en cuanto atravesó el umbral, oyó una risotada general, dominada por la voz del posadero, que se asemejaba al ruido de unos pequeños guijarros arrojados en un caldero.

—¿No es extraño, pensó Robin con su sagacidad habitual, que la confesion de tener la bolsa vacía paralice el efecto del nombre de mi primo el comandante Molineux? ¡Oh! si pillase á uno de esos canallas en los montes donde he crecido al lado de la encina que me ha provisto de baston, le demostraria que mi brazo es tan pesado como ligero mi bolsillo.

Después de revolver la esquina de la estrecha callejuela, Robin se encontró en otra muy ancha, formada en cada lado por una linea no interrumpida de altos edificios, y terminada por otro mayor con campanario, cuyo reloj daba las nueve en aquel momento. A la claridad de la luna y de las lámparas que iluminaban las tiendas, vio una multitud de personas que se paseaban, y esperó descubrir entre ellas á su pariente que no le era posible encontrar: los resultados de sus primeras preguntas le disuadían de intentar otras en sitio tan concurrido, y resolvió subir la calle con lentitud y silencio, aproximándose á todos los caballeros de cierta edad, esperando reconocer entre ellos al comandante. Vio muchas caras muy lindas: vestidos de colores brillantes adornados con bordados, enormes pelucas, sombreros con galones de oro, y espadas con empuñaduras de plata que deslumbraban sus ojos: jóvenes que habían viajado y que imitaban las maneras de los elegantes de Europa, andaban con gracia, y hacían al pobre Robin avergonzarse de su marcha tranquila y natural. En fin, después de repetidas pausas para examinar los escaparates de las tiendas, y después de haber recibido algunas reprensiones por la impertinencia con que miraba á las gentes, el primo del comandante se encontró junto al edificio del campanario, sin haber sido mas afortunado en sus pesquisas. Pero como hasta entonces no había recorrido mas que una de las aceras de aquella ancha calle tan concurrida, pasó á otra y continuó sus investigaciones bajándola con mas esperanza, si no con mas probabilidades de buen éxito, que el filósofo que buscaba un hombre honrado. Había llegado á la mitad de la calle, cuando oyó que se le acercaba alguno, que á cada paso hacia resonar su caña en las losas, y que repetía á intervalos regulares un *hem! hem!*... sepulcral.

—¡Misericordia! dijo Robin, que reconoció aquel ruido.

Y volviendo una esquina que estaba á la derecha, se alejó aceleradamente para continuar sus indagaciones por cualquiera otra parte de la ciudad: comenzaba á faltarle la paciencia, y se sentía mas fatigado de sus paseos desde que atravesó la bahía, que de su viaje de muchos días antes de llegar á ella: el hambre tambien le atormentaba demasiado, y vacilaba en si seria mejor preguntar por su camino violentamente y con el palo levantado al primero que pasase solo. Mientras se fortalecía en esta resolución, entró en una calle bastante humilde, á cada lado de la cual una hilera de casas mal construidas conducía hacia el puerto: en toda su longitud no se divisaba ningún pasajero, pero la puerta de la tercera casa por delante de la cual pasó Robin, estaba entreabierta, y su penetrante mirada descubrió en lo interior un vestido de muger.

—Quizá aquí adelantaré mas: dijo para sí.

Se aproximó, pues, á la puerta, y entonces la vio cerrarse mas: sin embargo, quedaba bastante espacio para permitir á la muger observar al extranjero sin ser vista: todo lo que Robin pudo distinguir fué una banda ó pedazo de tela encarnada, y brillar un ojo, que le causó el mismo efecto que cuando un rayo de la luna se fija en algún objeto brillante.

—Hermosa señora, pues puedo llamarla así con toda seguridad de conciencia, pensó el sagaz joven, pues que no sé nada que deba hacerme creer lo contrario, compasiva y hermosa señora, ¿tendréis la bondad de decirme hacia qué lado debo buscar la casa de mi primo el comandante Molineux?

La voz de Robin era humilde y seductora, y la dama, que no veía ninguna razon para ocultarse del hermoso joven, abrió la puerta y avanzó hasta donde daba la luna. Era una muger bastante bien parecida, cuello blanquísimo, brazos torneados, talle esbelto, hacia cuya estremidad, su refajo ó saya encarnada formaba muchos pliegues que la ahuecaban sobremanera, y la daban la apariencia de estar de pie en una bola: su rostro era de figura oval y muy lindo: sus negros cabellos caían por debajo de su gorrito, y sus brillantes ojos tenían un cierto no sé qué maligno y atrevido que triunfó del corazón de Robin.

—El comandante Molineux vive aquí: contestó la hermosa muger.

Su voz, la mas dulce que Robin había oído en toda aquella noche, parecia la melodiosa armonía de un arroyo de plata líquida, y sin embargo, Robin no podia menos de abrigar recelos acerca de la veracidad de las palabras de tan dulce voz. Miró aquella pobre calle por derecha é izquierda, y luego examinó la fachada de la casa: era un edificio pequeño y sombrío con un solo piso que sobresalía un poco sobre la planta baja, la cual parecia una de esas tiendas en que se vende de todo.

—Entonces, soy dichoso, replicó Robin con finura, y mi primo el comandante tambien, por tener una ama tan bella: mas os suplico le digais haga el favor de salir hasta la puerta, pues tengo que darle un recado de sus parientes, y en seguida me retiraré á la fonda.

—El comandante se halla acostado ya hace una hora, dijo la dama de la saya encarnada, y seria inútil incomodarle esta noche, porque ha bebido mucho antes de meterse en la cama: con todo, tiene tan buen corazón, que no me perdonaría jamás el haber dejado marchar á un primo suyo: sois el retrato del bueno y anciano señor, y juraría que vuestro sombrero es el que usaba los días de lluvia. Tiene tambien calzones de ante iguales á los vuestros; pero, os suplico que entredis, y bien venido seais, os lo digo en su nombre.

Diciendo estas palabras, la hospitalaria y amable dama, asió de la mano á nuestro héroe: apenas se la apretaba, su única fuerza era la dulzura, y aunque Robin leyó en sus ojos, lo que no podemos comprender en sus palabras, la muger del esbelto talle, fué sin embargo, mas fuerte que el atlético campesino. Le había llevado casi sin resistencia hasta el umbral, cuando una puerta que abrieron en la vecindad asustó al ama

del comandante, y soltando al primo de aquel, desapareció con presteza y se internó en la casa. Un largo bostezo precedió á la aparición de un individuo, que como el personaje de *Claro de luna* en *Piramo y Tisbe* llevaba un farol, socorro bien inútil para el astro que brillaba en el cielo: subió la calle con paso perezoso, y al llegar junto á Robin, volvió hacia él su abultado y estúpido rostro, agitando un largo palo que terminaba en punta.

—¡Entrad en vuestra casa, vagabundo!... entrad en vuestra casa, dijo el guarda de noche, cuyas palabras parecían adormecerse en cuanto eran pronunciadas: entrad en vuestra casa ó sereis conducido á la cárcel en cuanto amanezca.

—He aquí la segunda advertencia de esta noche, dijo para sí Robin; quisiera que me sacasen de embarazos llevándome desde ahora mismo á la prision.

Sin embargo, el joven sentía una antipatía instintiva hacia el guarda nocturno, y eso fué lo que le impidió hacerle desde luego su pregunta acostumbrada; pero en el momento en que aquel hombre iba á volver la esquina de la calle, Robin resolvió el no dejar escapar aquella ocasion, y le gritó con fuerza:

—Decid, amigo mio, ¿quereis llevarme á la casa de mi primo el comandante Molineux?

El sereno no le contestó ni una sola palabra, y volviendo la esquina, desapareció.

Robin comenzó entonces á recorrer las calles de la ciudad como un desesperado, creyéndose siempre bajo la influencia de un encanto semejante al que un hechicero de su pais había usado con tres personas que le seguían, y que toda una noche de invierno anduvieron perdidas á veinte pasos de su domicilio: las calles se presentaban á su vista solitarias y con formas extrañas, y en la mayor parte de las casas no se descubria luz alguna. Sin embargo, por dos veces vió Robin pasar rápidamente junto á él pequeños grupos de hombres con trages extraordinarios, y aunque se detuvieron para hablarle, aquel cambio de palabras no disminuyó su embarazo: Robin no comprendía su lenguaje, y viendo que no podia contestarles, proferían una maldición en muy buen inglés, y se alejaban con celeridad. Por fin, el joven resolvió llamar á la puerta de cualquiera casa que le pareciese digna de ser habitada por su primo, pues esperaba vencer con su perseverancia la fatalidad que hasta entonces le había perseguido, y firme en su propósito seguía por junto á la pared de una iglesia que hacia esquina á dos calles; pero en el momento de llegar al pie de la torre, encontró á un individuo embosado en una capa, que avanzaba con la ligereza que exige una diligencia urgente: Robin se paró delante de él y atravesando por delante del cuerpo su baston que empuñaba con ambas manos, le interceptó el paso.

—Deteneos, buen hombre, y contestad á mi pregunta, dijo con resolución: decidme inmediatamente en donde vive mi primo el comandante Molineux.

—Refrenad vuestra lengua, joven insensato, y dejadme pasar, respondió una voz gruesa que Robin creyó reconocer: dejadme pasar, ó de lo contrario vais á rodar por el suelo.

—No, no, gritó Robin blandiendo su baston y amenazando con la punta mas gruesa la cabeza de aquel hombre: no, no soy el loco por quien me tomáis, y no pasareis sin que respondais antes á mi pregunta: ¿en donde vive mi primo el comandante Molineux?

En vez de forzar el paso, el desconocido retrocedió un poco se bajó el embozo, y fijó su mirada en el rostro de Robin.

—Aguardad una hora en este mismo sitio, le dijo, y vereis pasar al comandante Molineux.

Robin miraba con un asombro mezclado de terror las facciones sin igual del que le hablaba: su frente con doble prominencia, su nariz ancha y encorvada á manera de pico de papagayo, sus cejas erizadas, y sus doschispeantes ojos, eran sin duda los mismos que ya había visto en la posada: pero la tez de aquel hombre había sufrido una singular, ó mas bien doble trasformación. Uno de los lados de su cara era de un encarnado subido, mientras el otro estaba negro como la noche: la linea de division pasaba por el lomo de la nariz, y su boca, que parecia salir de una oreja y tocar en la otra, era igualmente negra y encarnada, pero colocados ambos colores de manera que formaban contraste con los de las mejillas. Aquella mezcla producía el efecto de dos demonios, un espíritu de fuego y otro de tinieblas que se hubiesen unido para formar aquella cara infernal: el desconocido se sonrió en las mismas barbas de Robin, se cubrió su abigarrado rostro con el embozo, y desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Se ven cosas muy extrañas cuando se viaja!... exclamó Robin.

Con todo, se decidió á sentarse en los escalones del átrio de la iglesia, para aguardar á su primo durante una hora: los primeros momentos los empleó en meditaciones filosóficas sobre el hombre que acababa de dejarle, pero resuelto tan arduo punto de una manera tan sutil, razonable y satisfactoria, se volvió obligado á buscar otra especie de distracción. Al efecto dirigió sus miradas á lo largo de la calle, que era de un aspecto mas respetable que cuantas hasta entonces había recorrido: y la luna, que como la imaginación crea bellezas en los objetos mas comunes, daba cierto aire romanesco á una escena quiza muy ordinaria á la luz del día. La arquitectura regular y con frecuencia extravagante de los edificios, de los que algunos tenían los tejados divididos en varios trozos, mientras que otros terminaban en una sola punta muy pendiente y estrecha, y muy pocos en forma cuadrada: la blancura de nieve de algunas fachadas, el color oscuro de otras ennegrecidas por el tiempo, y los mil reflejos de los pedacitos de vidrio y otros objetos brillantes mezclados con la argamasa, atrajo por algunos minutos la atención de Robin, mas al cabo concluyó por fastidiarle. En seguida trató de distinguir la forma de los objetos distantes que desaparecían como fantasmas, precisamente en el instante en que parecia que su vista iba á esplicárselos, y por último, examinó minuciosamente un edificio que se encontraba al otro lado de la calle, en frente del pórtico, debajo del cual estaba sentado: era cuadrado y se distinguía de las casas inmediatas á él, por un balcón sostenido por gruesas columnas, y por una curiosa ventana gótica que comunicaba con aquel balcón.

—Quizá esa será la casa que ando buscando hace tanto tiempo, pensó Robin.

Procuró luego escuchar un ruido que sonaba de cuando en cuando en la calle, pero perceptible tan solo para un oído como el suyo; era un murmullo sordo, lento y confuso, com-

Ayuntamiento de Madrid